

ULTIMA HORA DEL ARTE EN PARIS: MIRÓ-  
PICASSO-MATISSE-BRAQUE-CHAGALL-ROUAULT-  
LÉGER-BAZAINE, por *Carlos Ferreira*.

**N**o es poca cosa encontrarse, al llegar a París, con esta exposición que con el nombre de *Sur quatre murs* presenta la Galería Maeght. Grata sorpresa, que aumenta al comprobar que los dos nombres más importantes, en función de la calidad de la obra expuesta, pertenecen a dos hombres de España: Juan Miró y Pablo Picasso.

Completan el conjunto de maestros del arte moderno presentado por la gran Galería parisiense, Braque, Matisse, Rouault, Léger, Chagall y Bazaine. Todos presentan obras de grandes dimensiones, que oscilan entre los 5,93 metros (mural de Juan Miró) hasta 0,95 metros (Braque), con dignidad y empaque que hacen pensar en una verdadera edad de oro de la pintura contemporánea. Creemos sinceramente que en este momento Maeght cuelga de sus muros algunas de las obras más importantes que se han producido en la primera mitad del siglo xx.

Las de esta exposición singular producen por su fuerza, por la vitalidad de sus creadores y por el amplio horizonte que tras ellas se percibe, la sensación de estar contemplando un noble y gran torneo artístico, donde acuden los artistas con sus mejores obras y en el que precisamente son los dos maestros españoles los supremos paladines de la actual plástica mundial.

En esta justa de la pintura moderna, el creador más brioso, más puro y el que con conceptos más nuevos se presenta en la Galería Maeght es, sin duda, Juan Miró. La tela del pintor tarraconense—conocida por nosotros en su taller de Barcelona y que nos había emocionado por su grandiosidad—representa una acabada síntesis de lo que debe entenderse hoy por creación pictórica. En la exposición que comentamos, dice lo mejor: cómo debe ser una pintura mural. Cumple como ninguna otra su misión de gran pintura. Se la siente incrustada en el muro rompiéndolo y abriendo el hueco de la última ventana por la que hoy se puede asomar la inquietud espiritual del hombre de hoy al nuevo mundo de la pintura. Este hombre, que pinta con la pureza de un primitivo poseído de la mentalidad de nuestros tiempos, nos da en su composición colosal la lección de cómo se debe llegar hoy al arte: con pureza consciente.

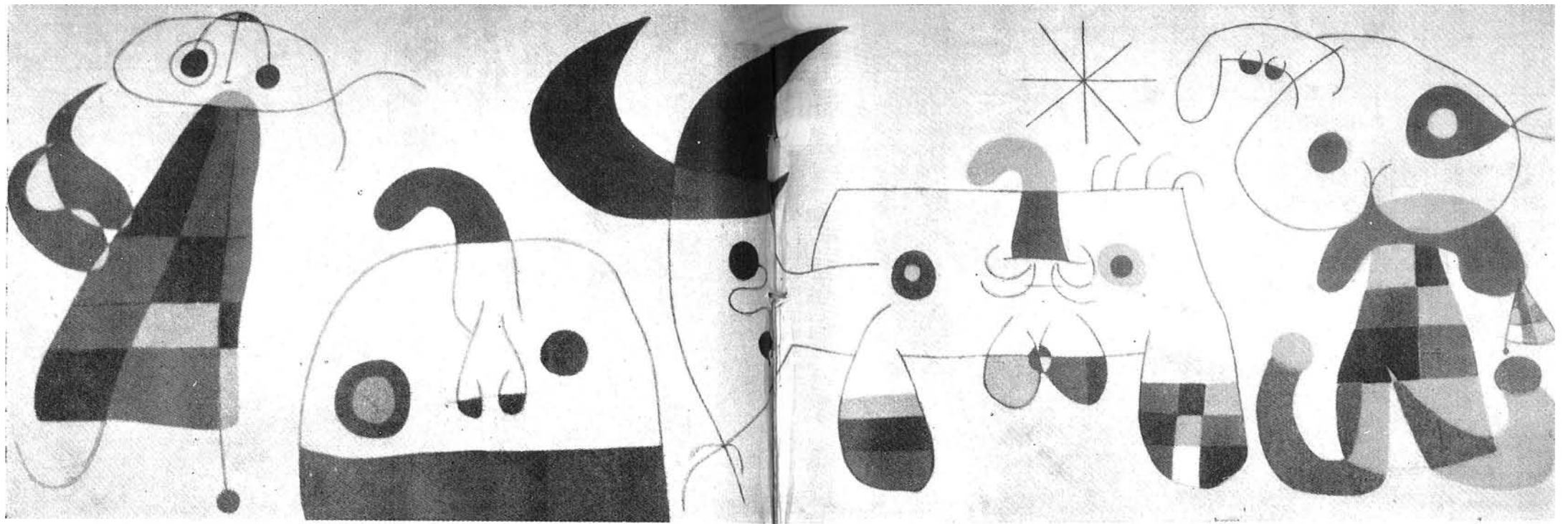
\* \* \*

CHAGALL

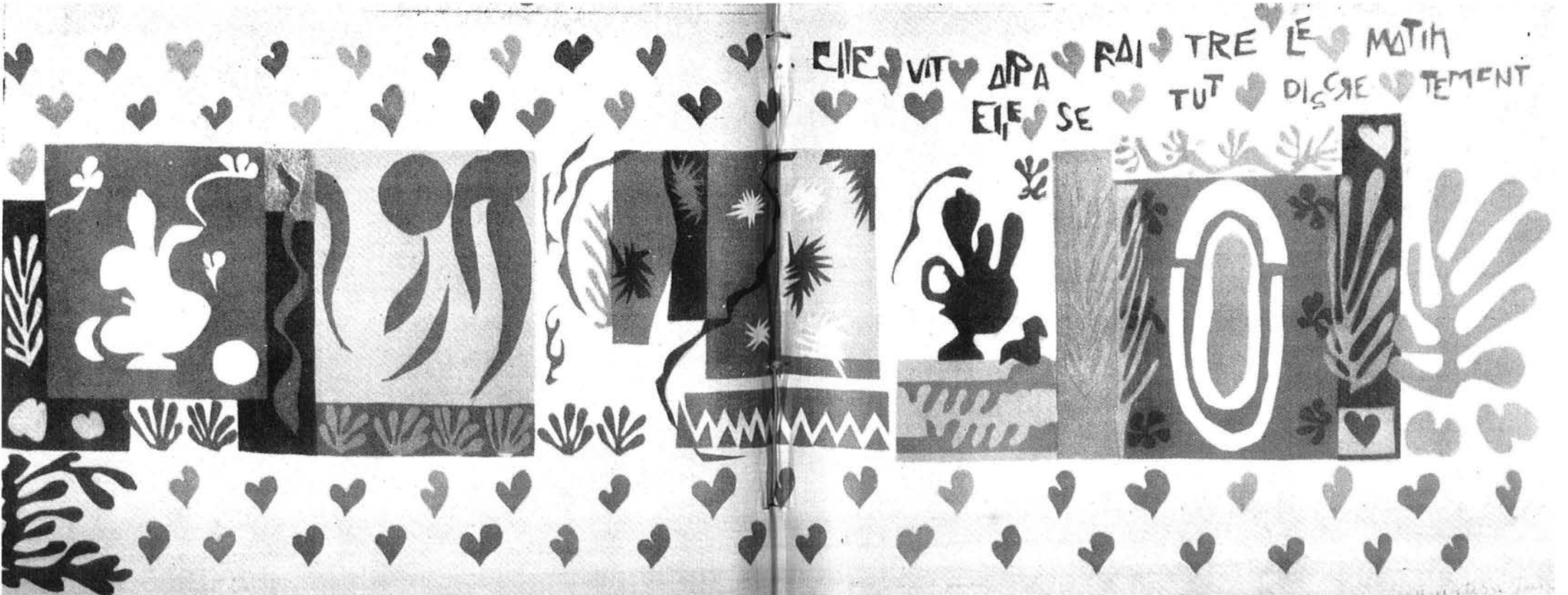


PICASSO

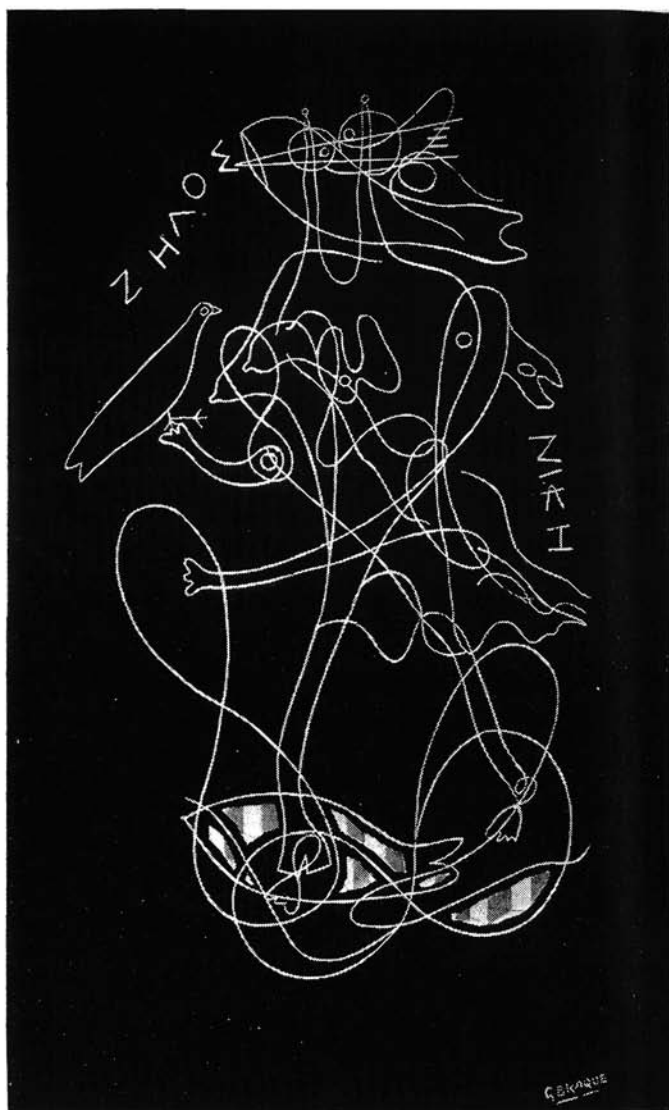




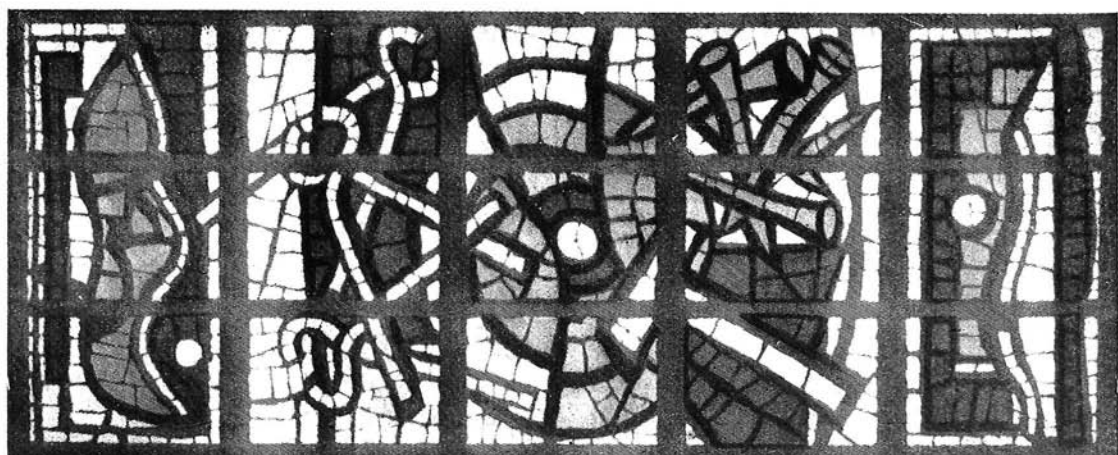
MIRO



BRAQUE



LÉGER



Picasso, en su «papier colle» *La toilette*, se presenta probablemente como el más auténtico Picasso. En esta obra, nuestro pintor andaluz emplea exclusivamente el papel. Papeles de empapelar paredes componen la materia de este cartón para un tapiz de 4,50 × 3 metros. La composición, clásicamente picassiana, tiene la grandeza de sus mejores obras. El dibujo, de auténtica factura, es lo que podríamos llamar prototipo de la «grafía Picasso». Ante la obra del pintor malagueño, tan densamente humana, tan espesa y tan racialmente española, no podemos concebir que exista en la actualidad nadie capaz de resolver, con tan míseros materiales y en la dimensión colosal de este cartón, una obra de tal altura.

El tema de la composición nos adentra inmediatamente en cualquier casa española; todo el grupo tiene ese aire íntimo y deliciosamente feliz del acicalamiento de la mujer española y, más aún, andaluza. Los tierras y azules de los papeles; las manchas negras de los cabellos, que parecen bañadas en aceite de olivas, y hasta el recato que aun coexiste en el arreglo personal de la mujer hispana..., hacen resaltar en esta composición la austera belleza que ha caracterizado los mejores momentos de la gran pintura española; nosotros hemos observado ante el «collage» de Picasso cómo se prolonga hasta París el Museo del Prado.

\* \* \*

Junto a los dos pintores españoles, son Matisse y Braque, maestros de la pintura francesa moderna, los que completan con su calidad la muestra de la sensibilidad alcanzada por la pintura contemporánea.

Matisse, con su obra *Las mil y una noches*, en papeles recortados y compuestos en un delicioso «collage», se acerca sorprendentemente al concepto de arte abstracto. Sin perder la manera decorativa (en el buen sentido pictórico), su riqueza de color brilla en esta composición de forma fulgurante; sus trozos de papel parecen esmaltes riquísimos. Este lujo cromático corresponde perfectamente al orientalismo del título de la obra. Igual ocurre con su dibujo, puro arabesco que hace pensar en las tapicerías del Oriente.

Frente a la obra de este pintor, tanto en situación dentro de la Galería como en línea pictórica, se encuentran los tres tableros de escayola, pintados en negro y grabados por Georges Bra-

que, destinados a decorar la biblioteca de madame Filix Bastier. Los titula el autor *Sao*, *Heracles* y *Zelos*. Sus títulos sugieren la Grecia, y, en efecto, ante las tres planchas nos sentimos seducidos por la misma gracia que se desprende de los vasos griegos. Es francamente emocionante sentir cómo el viejo maestro del cubismo nos acerca a la Grecia clásica tanto como un friso del Partenón. Su arabesco, insensiblemente, nos traslada por un hermoso camino desde su mejor hora cubista a la de Praxiteles, y es tan justa y fresca la línea y tan melodiosa su composición, que se piensa, ante las tres obras de este pintor, si no habrá guiado su mano una «Korai» escapada del Louvre.

\* \* \*

Nada nuevo nos dice Marc Chagall y Georges Rouault dentro de su ya conocido camino. Las dos telas del primero, *Le cirque* y *La danse*, ejecutadas para el Watergate Theater, de Londres, son en su composición y color dos ampliaciones de cualquiera de sus múltiples y conocidas últimas obras.

En Rouault se aprecia una monótona continuidad que, dentro de su calidad plástica, parece resentirse algo de un encostramiento que la hace parecer desplazada de la tónica que prevalece en esta exposición. Sus dos obras: *La clown blessé* y *La petite famille*, ejecutadas hacia 1930, se repiten con demasiada frecuencia, con perjuicio de entrar en una próxima fase de saturación y en un formulismo peligroso. Quizá las dos tapicerías realizadas sobre estas pinturas hubiesen representado más realmente a Rouault, ya que consideramos esta técnica como la más adecuada a su expresión artística.

\* \* \*

Hemos dejado para el final de esta rápida impresión de la Exposición Maeght a Ferdinand Léger y a Jean Bazaine.

Decíamos al comenzar que, a nuestro juicio, se exponen en esta Galería algunas de las obras más importantes producidas en el medio siglo. En efecto, junto a las definitivas de Miró y Picasso, cabe agregar las representadas por los conjuntos de vitrales y mosaicos que están ejecutando estos dos artistas para la iglesia del Sagrado Corazón, de Audincourt.

De Léger se exponen las maquetas de los diecisiete vitrales que

realiza sobre el tema de la Pasión, y un fragmento a tamaño definitivo de uno de éstos, titulado *Instrumentos de la Pasión*. Todos ellos ocuparán una superficie de 170 metros cuadrados. Y aquí el gran problema para el comentarista, pues, si difícil es traducir a palabras la belleza que encierra una pintura ante un vitral, en el que intervienen, además de todos los elementos de aquélla, la función que la luz tiene en su constante movilidad, realmente ante una obra de este tipo nos encontraremos sin medios de expresión para poder definir las sugerencias que en el orden de la belleza plástica pueda decir tal clase de creación. En este caso, los vitrales de Léger no pueden ser más que, a lo sumo, descritos. La riqueza policroma fundida en un vidrio, que hace espesar la luz hasta crear una atmósfera auténticamente pictórica dentro del recinto que cierran estos vitrales, hermana esta obra con las más ricas vidrieras de las catedrales góticas. Las composiciones, de una sobria estilización, que llegan a rozar las formas puramente abstractas, tienen un concreto sentido de plástica religiosa, magnífico ejemplo del camino por el que debe discurrir una creación artística católica que pretenda ser continuadora de la que floreció en los más bellos tiempos de la Iglesia cristiana.

En esta gran obra que en un futuro próximo será la iglesia del Sagrado Corazón, de Audincourt, y para la que Juan Miró ejecuta los vitrales del baptisterio, colabora también con otra de las geniales creaciones presentadas en la Galería Maeght el gran mosaísta Jean Bazaine. El fragmento expuesto, a su tamaño (2,90 × 2,80 metros), y sobre el tema del Sagrado Corazón, es parte del gran mosaico de 14,25 × 2,85, destinado a la fachada de la iglesia. Está ejecutado en materiales (que por su calidad recuerda a la de las llamadas «piezas duras», y los tamaños de éstas, que oscilan de los 10 a los 30 centímetros cuadrados) que producen una gran sensación de suntuosidad. De colores brillantes, repartidos en formas que componen en su totalidad otro mosaico de superficies más extensas, producen una doble sensación estructural en su inexcusable función arquitectónica, que este tipo de arte debe cumplir dentro de su condición de elemento decorativo del edificio.

Carlos Ferreira.  
Acuerdo, 33.  
MADRID.